

16. Votos de esperanza

La venida de Cristo responsabiliza nuestra libertad para salir a su encuentro, para corresponder con nuestros pasos y nuestros brazos abiertos a sus brazos extendidos para abrazarnos. Recordemos el cuadro de Van Gogh "Los primeros pasos". La escena del fondo ilustra el nacimiento de la libertad del niño. El niño, por primera vez, decide caminar solo. Pero no es una decisión autónoma. El niño no se levantó esa mañana y se dijo a sí mismo: hoy voy a caminar solo. No, la libertad humana sólo se activa dentro de una relación de amor, en primer lugar la que existe entre sus padres, que acogieron a ese niño y entre ambos crearon el espacio para que el niño se moviera, llegara a ser él mismo, caminara de forma autónoma. Una libertad nace y crece si se le dan relaciones de amor que acogen y también dejan ir. En esta escena, el niño puede decidir caminar porque papá le atrae hacia su abrazo, y mamá le apoya y le anima a separarse de ella para ir hacia papá. Si meditamos sobre nuestras vidas, vemos que sólo crecimos en libertad gracias a personas que nos acogieron sin atarnos a ellos. Desgraciadamente, hay padres que mortifican esta libertad en sus hijos, no sólo cuando quieren separarse para formar, por ejemplo, su propia familia, sino también cuando sus hijos se sienten atraídos a seguir al Señor en una determinada vocación. Hoy, sin embargo, a menudo son los propios jóvenes los que no se atreven a dar los primeros pasos que comprometen su libertad en una vocación o misión de vida que exige fidelidad, como casarse y tener hijos o dejarlo todo para seguir a Jesús. Es como si nos faltara la esperanza en una plenitud de vida a la que Dios nos atrae y que no puede darnos si no nos negamos a lanzarnos a su abrazo.

Por eso, me parece que un aspecto importante a destacar es que la esperanza debe ser como el alma dinámica de nuestros votos monásticos. Del mismo modo que debería ser el alma dinámica de cualquier compromiso vocacional, como el matrimonio o el sacramento del orden.

Los votos monásticos definitivos, como los de obediencia, pobreza y castidad, no son decisiones definitivas, sino actos en los que la libertad reconoce en la fe que el "para siempre" es un espacio de esperanza cierta en el Dios que nos llama, que nos pide que le sigamos, que le pertenezcamos en exclusiva. Sin la dimensión de la esperanza, los votos se convierten en un encerrarnos en nosotros mismos que con el tiempo nos asfixia, nos hace sentir cada vez más prisioneros, y entonces acabamos por sentirnos libres sólo huyendo. La esperanza, en cambio, abre un espacio infinito frente a nuestros compromisos, en el que nunca dejaremos de penetrar, de correr, sintiéndonos cada vez más libres, sobre todo libres de nosotros mismos, para correr hacia Dios siguiendo a Cristo.

La esperanza también nos permite no encerrarnos en nuestros fracasos en la vivencia de nuestros votos. La esperanza en Dios nos ofrece un espacio siempre abierto de misericordia, de recuperación humilde, de comienzos siempre nuevos. No debemos recomenzar desde nosotros mismos, sino siempre y sólo desde el Señor en quien confiamos, desde la promesa que Jesús nos hizo al llamarnos y nos sigue haciendo.

Siempre nos decepcionamos a nosotros mismos, pero Cristo no se detiene ante nuestras decepciones porque Él no nos decepciona. Dios no defrauda nuestras esperanzas porque cumple sus promesas, especialmente la promesa de sus brazos abiertos para abrazarnos para siempre. Pero nosotros pensamos que Dios sólo cumple sus promesas de inmediato. En lugar de eso, Dios a menudo las cumple como promesas incumplidas, renovando nuestra llamada y nuestra confianza en que podemos continuar el camino hasta el final. Judas se sintió traicionado por Jesús porque no vio cumplida la promesa del reino tal como él la imaginaba, como un reino terrenal. En cambio, Jesús mantuvo abierta la promesa en un Reino que estableció resucitando de entre los muertos y que se cumplirá en la Parusía.

Los votos implican siempre una renuncia, un despojo de algo precioso: con la obediencia renunciamos a la libertad de autodeterminación, con la pobreza renunciamos a la posesión privada de bienes, y con la castidad renunciamos a la relación afectiva del matrimonio y la familia. Si vivimos estas renunciaciones sin el horizonte de la esperanza, se vuelven sólo negativas, son sólo negaciones de valores esenciales en la vida humana. En cambio, en la esperanza, estas renunciaciones se convierten en espacios de expansión de estos valores en la relación entre nosotros y el Señor, que es en persona el bien, el valor, el amor que los realiza a todos y los salva a todos.

Sin embargo, es necesario que el espacio libre que la renuncia crea en nuestras vidas y en la vida de nuestras comunidades testimonie verdaderamente la esperanza, se convierta cada vez más en encarnación de la esperanza y, por tanto, en testimonio vivo de la plenitud que se nos promete. Poseemos la plenitud de la vida y de todas las cosas esperándola del Señor más que teniéndola en nuestras manos. Podemos decir que la esperanza es una posesión que posee el don dejándolo en manos del Dador, del Padre que nos da todo lo que somos y vivimos. La esperanza nos da posesión de nuestra libertad, de todo bien creado y de toda relación de afecto, con la fecundidad prometida por Dios a todo, dejándolos en manos de Dios, recibiendo en cada momento de Dios que nos los da como quiere y según su designio de amor universal.

Así vivió Jesús: “Todo me ha sido entregado por mi Padre”, clama Jesús con alegría (Mt 11,27). O: “Y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío”, reza Jesús en la oración sacerdotal al Padre (Jn 17,10).